

Eliseo Verón

Mediatización, comunicación política y mutaciones de la democracia

1. La racionalidad de los actores políticos

El problema que quiero abordar en este trabajo concierne al estatuto, la importancia y el rol de la comunicación en un campo social dado: el campo político. Se trata de un problema teórico general, que tiene hoy una pertinencia histórica particular, dada la multiplicación de tecnologías de comunicación y el crecimiento exponencial de la masa de información que circula en el mundo industrial.

La problemática de la "comunicación" en el campo político ha sido en los últimos diez o quince años casi exclusivamente entendida en términos de *márketing*. Quien habla hoy de "comunicación política" tiene en cuenta, en la mayor parte de los casos, cuestiones concernientes a la imagen mediatizada de los políticos, y al rol de los "consultores en comunicación" que aconsejan a los políticos. Mi propósito es recordar, en este ensayo, que la articulación entre la comunicación y el sistema político es uno de los fundamentos del sistema democrático.

Una de las orientaciones teóricas dominantes acerca de la naturaleza del sistema político democrático es de inspiración económica. Se trata esencialmente de las teorías neo-utilitaristas, de las que Alessandro Pizzorno, sociólogo italiano, ha hecho un penetrante análisis crítico en varios de sus trabajos¹. Como veremos, basta introducir dudas acerca del carácter racional de la relación entre la oferta y la demanda en el mercado político, para que la lógica del *márketing* pueda fácilmente invadir dicho mercado. Debemos, pues, co-

¹Alessandro Pizzorno, "Introduzione allo studio della partecipazione politica"; *Quaderni di sociologia*, 15 (3-4), 1966; "Political exchange and collective identity in industrial conflict" in: Crouch, C. et Pizzorno, A. : *The resurgence of class conflict in Western Europe since 1968*; Londres: Macmillan, 1978; "On the rationality of democratic choice", *Telos*, 63, 1985, p. 41-69. Todas las citas han sido traducidas al castellano a partir de la versión francesa de este último artículo ("Sur la rationalité du choix démocratique").

menzar por la cuestión de la racionalidad del comportamiento político.

Pizzorno formula dos preguntas fundamentales: "¿Se puede justificar la preferencia por la democracia invocando la racionalidad que los procedimientos democráticos representativos hacen posible? ¿Ésta es la misma racionalidad de la que habla la «teoría económica de la democracia», fundada en la idea según la cual los individuos actúan para satisfacer sus intereses?". Las teorías neo-utilitaristas del sistema democrático plantean, pues, la cuestión central del conocimiento, en términos de la información de que dispone el actor social como base de sus comportamientos políticos.

Como en el modelo del mercado en el cual se inspiran, nos encontramos ante un actor político estrictamente racional. El actor orienta su comportamiento político en función de su interés individual. Desde este punto de vista, uno de los componentes del sistema democrático sería la libertad del individuo para decidir cuál es su interés. La adecuación del comportamiento a los objetivos indicados por el interés supone, en este actor racional, un cálculo de la relación entre costos y beneficios. El campo político aparece, así, como un mercado de oferta de procedimientos y decisiones (programas), entre los cuales el actor

elegirá libremente en función de su interés. Como en el modelo económico, el equilibrio se obtendría en un nivel global. La democracia sería entonces el sistema menos imperfecto que conocemos, capaz de permitir a una mayoría de ciudadanos la satisfacción de sus intereses individuales.

En este contexto, se comprende fácilmente la importancia de la información. Un actor cuyo comportamiento resulta de una decisión tomada sin disponer de todas las informaciones necesarias para determinar si ella corresponde a los objetivos definidos por sus intereses, no puede ser considerado un actor racional.

Objeciones de distinta índole pueden ser formuladas a esta "teoría económica de la democracia", y Pizzorno las ha discutido sistemáticamente. La mayoría de ellas deriva de la confrontación entre las implicaciones conceptuales del modelo neo-utilitarista y los datos empíricos de los que se dispone sobre comportamiento político.

Ciertas objeciones tienen que ver con la relación entre costos y beneficios (articulados necesariamente bajo la forma de un cálculo), condición previa de la decisión racional.

En la medida en que, según este modelo, en el

mercado del campo político la demanda aparece como una suma de átomos, que son los intereses de cada actor social, la probabilidad de que mi voto individual modifique en mi favor el resultado de una elección es, desde un punto de vista estadístico, prácticamente igual a cero. Entonces, pregunta Pizzorno, ¿por qué la gente va a votar? Aunque sabemos que la distancia respecto del lugar de voto, las condiciones meteorológicas y otras categorías de "inconvenientes", afectan en cierta medida la proporción de votantes (en aquellos países donde el voto no es obligatorio), no es menos cierto que, en general, una mayoría de ciudadanos efectúa el acto de depositar su voto a veces, incluso, en situaciones de riesgo, que ponen en peligro la seguridad del ciudadano (como ha ocurrido en Camboya). ¿Qué cálculo racional puede explicar semejante comportamiento? Hay aquí un primer desequilibrio, una falta de correspondencia, entre costos, por un lado, y beneficios esperados, por otro.

Distinto problema es el de la comparabilidad de los costos. Este aspecto toca directamente a la obtención de la información. El modelo neoutilitarista supone, correctamente, que informarse tiene un costo. Ahora bien, entre dos elecciones, algunos individuos invertirán unas pocas horas en informarse sobre la situación política; otros, en cambio, pasarán centenares e incluso

miles de horas. Como lo subraya Pizzorno, es además probable que esa diferencia esté asociada al nivel cultural de los individuos: el que se informa más tiene, probablemente, un nivel cultural más elevado que el que se informa poco, lo cual significa que el costo de su tiempo es más elevado. Un mercado caracterizado por semejante desequilibrio en los costos, parece difícilmente modelizable en términos de un actor racional a la manera del mercado económico.

Más allá de la cuestión de la racionalidad del elector, se plantea la cuestión de los políticos: ¿por qué razón los hombres políticos hacen política? Si aplicamos a los políticos el modelo del elector racional, esto significa que el hecho de hacer política se explica en función del interés individual del actor. Lo cual quiere decir que el político actúa en función de un cálculo costos/beneficios, del mismo modo que el elector, y que, en consecuencia, estamos definiendo un sistema político de corrupción. Ideológicamente, el sistema democrático excluye, en efecto, que la motivación del hombre político esté orientada por sus beneficios personales.

Curiosamente, la "teoría económica de la democracia" corresponde mejor a una democracia en la que los hombres políticos son corruptos que a una democracia en la que no lo son. Y natural-

mente, si para explicar el "proyecto de vida" del político aludimos a valores como la solidaridad, el desinterés, o simplemente el gusto por el poder, estamos introduciendo variables que escapan al modelo del actor racional.

En verdad, surge de inmediato la cuestión de la temporalidad, es decir, como Pizzorno lo señala, la cuestión de la confianza. Porque está claro que el cuerpo electoral interviene en la determinación de quién va a ganar las elecciones, pero no tiene ningún control sobre las decisiones ulteriores de quienes han sido así elegidos. Nos encontramos aquí con un problema central: el del estatuto de la promesa en el campo político. ¿Depositar su confianza en los candidatos a ser representantes de la mayoría, es un comportamiento racional? En todo caso, subraya Pizzorno, "puesto que todos los partidos son capaces de hacer promesas tentadoras, si los electores votan por un partido más que por otro, no es porque dicho partido les prometa más utilidades, sino porque les inspira mayor confianza".

La confianza reenvía a la temporalidad en la medida en que supone la noción de un contrato implícito; el actor cree, piensa, supone, que el candidato realizará después lo que ha prometido ahora. El problema es tanto más complicado cuanto que la experiencia electoral de los últimos

años, en países muy diferentes, pareciera indicar lo contrario. En democracias tan diferentes como las de Argentina, los Estados Unidos y Francia, hemos asistido a situaciones en las cuales las autoridades democráticamente elegidas toman decisiones que son exactamente las contrarias de las que habían anunciado durante la campaña electoral (la promesa, por ejemplo, de no aumentar los impuestos). Los medios tenderán a calificar esta extraña actitud de "pragmatismo" (por oposición a situaciones donde, como el gobierno socialista francés entre 1981 y 1983, las autoridades se esforzaron en cumplir sus promesas, actitud calificada de "dogmática" o "ingenua"). La regla ética que dice que una promesa debe respetarse escapa ya, de por sí, a la lógica propia a la teoría neoutilitarista; si, además, desaparece la relación necesaria entre las promesas electorales y las decisiones tomadas una vez en el gobierno, toda posibilidad de cálculo racional de la relación entre costos y beneficios se derrumba completamente.

Está claro, en todo caso, que el modelo de un cálculo costos/beneficios efectuado a partir de la representación que el actor tiene de su interés individual, no permite explicar ni por qué la gente vota, ni por qué los hombres políticos hacen política. Las representaciones del actor son sin duda alguna muchísimo más complejas que un cálculo racional orientado por el interés.

La complejidad aparece incluso si reducimos el problema (lo cual es seguramente incorrecto) a una cuestión de información. Los mecanismos cognitivos implicados no pueden, en modo alguno, reducirse a una articulación entre representación del propio interés y anticipación de decisiones políticas. Si hasta los mejores expertos son incapaces de anticipar, en el medio y largo plazo, la evolución de una situación económico-política, ¿cómo suponer que el "ciudadano medio" podrá hacerlo? Estamos, entonces, obligados a concluir, como lo hace Pizzorno, que a la luz de la teoría neo-utilitarista, "el voto emitido... sobre la base de un juicio general es el voto de un incompetente". ¿Qué mejor *target* para el *márketing*?

En términos de información, el juicio sobre el corto plazo es pues el único que eventualmente puede jugar un papel en la decisión de voto del elector. Se ha comprobado que la coyuntura económica que precede a una elección tiene un peso importante sobre el resultado: si la situación económica de los meses que preceden a la elección es juzgada negativamente, los ciudadanos tienden a "castigar" a los candidatos del gobierno que ocupan el poder, votando por la oposición. Pero este dato empírico tiende en realidad a contradecir aún más fuertemente la óptica neo-utilitarista, en razón de los efectos perversos que provoca. En la

medida en que los políticos parten de la hipótesis de que sólo el corto plazo puede permitir una apreciación del elector que pueda tener consecuencias sobre el voto, esto los lleva a tomar medidas económicas que aumenten la probabilidad de que la coyuntura económica, durante el período que precede las elecciones, sea juzgada "buena" por los electores. La tendencia a tomar medidas "visibles" para el electorado, aun cuando ellas puedan ser contradictorias con una estrategia de largo plazo, se traduce en la ausencia de una gestión global de la evolución económica. El conjunto de la gestión económica pierde así toda previsibilidad a medio y largo plazo, y se abre el camino a la lógica del *márketing*.

2. De la lógica instrumental a la lógica de la identificación

¿Qué teoría es capaz entonces de dar cuenta de los comportamientos políticos?

Si lo que determina el voto es una apreciación global de la situación por parte del elector y no un cálculo racional, múltiples teorías no racionales se disputan el objeto: teorías "simbólicas", rituales, teatrales de lo político. Desde la introducción del concepto de solidaridad hacia un grupo, hasta las hipótesis extremas de la teoría teatral —que define el discurso político como un discurso

esencialmente de persuasión-seducción—, pasando por la idea de "reaseguramiento simbólico" proporcionado por el carácter ritual de la política, estas teorías, en apariencia opuestas radicalmente al neo-utilitarismo, explican lo que éste último no podía explicar. Sin embargo, y con razón, Pizzorno las rechaza también: "No se trata de una verdadera alternativa, sino de un simple complemento a la otra teoría [...]. Los bienes simbólicos se agregan a los bienes materiales, unos y otros circulan en el mercado político [...]. Los que emplean el concepto de bien simbólico parecen cometer el mismo error que los teóricos neo-utilitaristas: el análisis se detiene en la satisfacción individual de un bien simbólico, sin reflexionar sobre las condiciones estructurales que hacen posible esa satisfacción".

Pizzorno señala así, con toda precisión, el problema central. Esas "condiciones estructurales" tienen que ver con la definición del actor y con el papel que juega el vínculo social en esa definición. Y lo que está detrás de este problema es, por supuesto, la cuestión de la naturaleza de la teoría del orden simbólico que hacemos intervenir para explicar la democracia, y del estatuto del conocimiento (y por ende de la racionalidad) dentro de esa teoría.

Me detendré en las soluciones que Pizzorno

propone a dos problemas: el problema de las condiciones de la racionalidad de la preferencia política individual y el problema de la naturaleza de los dos principales roles del campo político (los ciudadanos y los políticos).

Respecto a la primera cuestión, Pizzorno considera que "la lógica de la acción política individual no se puede concebir como una lógica instrumental, como una relación medios-fines, sino que debe ser entendida como una lógica de identificación: secuencia de comparaciones y conflictos entre identidades colectivas, que tienden a tener como efecto una transformación de los fines de los participantes". Esto significa que la noción de beneficio presupone el vínculo social dentro del cual el beneficio pueda realizarse. Del mismo modo que la noción económica de ganancia supone la pre-existencia del mercado que me permitirá transformar la ganancia en bienes materiales, la noción de beneficio simbólico presupone el vínculo social, presupone la colectividad dentro de la cual ese beneficio será reconocido como tal. Esas identidades colectivas son lo que Pizzorno llama las "condiciones estructurales". Naturalmente, la teoría económica en que se inspira el neo-utilitarismo postula que el vínculo social del mercado es del mismo tipo que el comportamiento individual orientado a la obtención de un beneficio: ambos están definidos por la lógica

racional-instrumental. Esta hipótesis permite preservar la homogeneidad del modelo, y la preexistencia del mercado no introduce ningún elemento nuevo. En la medida en que parece imposible aplicar el concepto de cálculo costo/beneficio al comportamiento del individuo en el sistema político, esos marcos identitarios colectivos aparecerán cumpliendo la función fundamental de preservar la identidad individual, asegurando su permanencia. ¿Por qué es importante esta preservación de la identidad?

Preservación y permanencia son problemas que tocan a la temporalidad. La cuestión de la temporalidad aparece ya a propósito del cálculo costo/beneficio, en la medida en que la inversión (los costos) tiene lugar en un tiempo anterior al de la obtención de los beneficios. De ahí por ejemplo la importancia de la estabilidad monetaria en el modelo económico clásico. El comportamiento racional-instrumental supone garantías acerca de la estabilidad del valor. Un principio comparable rige, según Pizzorno, en la lógica identitaria: "Para poder determinar cuáles son sus intereses, calcular costos y beneficios, el sujeto agente deberá asegurarse de su identidad a través de la pertenencia a una colectividad identificante [...]. Una teoría adecuada de la política debe, pues, dar cuenta de la constitución de colectividades identificantes, como productos de una activi-

dad propia de la política". Esta hipótesis se precisa y se completa en la respuesta que, a la segunda cuestión, Pizzorno propone: explicar los roles respectivos de ciudadanos y hombres políticos. La importancia de la dimensión temporal se confirma, porque Pizzorno introduce la tensión entre corto y largo plazo: "...si a corto plazo, cuando el momento del gasto no está muy alejado del momento en que se podrá gozar de los beneficios, el sujeto sabe lo que debe hacer para obtener lo que quiere, a largo plazo, por el contrario, los objetivos de un individuo, así como las medidas necesarias para alcanzarlos, son inciertos... ¿Quién se atrevería entonces a decir que un individuo es el mejor juez de su interés a largo plazo?"

La cuestión del largo plazo da cuenta, a la vez, de la necesidad de los cuadros identitarios para el individuo y de la substancia de la relación de representación que define el estatuto del hombre político.

"El individuo debe afrontar... una incertidumbre sobre su identidad futura. El orden actual de mis preferencias, del cual deduzco mi interés, ¿permanecerá siendo el mismo en el futuro? Y puesto que en todo cálculo que no es a corto plazo los costos y los beneficios deben ser evaluados en períodos diferentes, ¿soy capaz de estimar los gastos que puedo hacer ahora para obtener los

beneficios futuros? Pérdidas y ventajas sólo pueden ser calculadas si tengo razones para pensar que mi identidad de sujeto interesado permanecerá sin cambios".

Pero la identidad futura del individuo es inseparable de su reconocimiento por parte de una colectividad. "La incertidumbre concierne esencialmente a la estabilidad de una colectividad que es tomada como punto de referencia... si tememos que el valor de nuestra persona (la significación de nuestra identidad) pueda no ser reconocido, si estamos inciertos en cuanto a las consecuencias de nuestras decisiones, minimizaremos la incertidumbre identificándonos a una colectividad de referencia en la que encontraremos un reconocimiento estable".

En lo que se refiere a la relación entre el ciudadano y sus representantes, la gestión del largo plazo define, en el fondo, la substancia de la función de representación. "El representante está cualificado para determinar cuáles son los intereses a largo plazo de aquéllos a quienes representa, y por ello éstos lo han elegido".

En este contexto, el punto de vista de Pizzorno se acerca a ciertos aspectos de la teoría de Claude Lefort: porque si el largo plazo contiene un postulado de convergencia de intereses, el presente

está marcado más bien por el conflicto que por el consenso. "[...] El funcionamiento de las democracias liberales presupone... que la mejor política es aquélla que, a largo plazo, hará desaparecer la oposición entre intereses particulares contradictorios. Dicho de otra manera, se presupone un interés común realizable en el futuro, mientras el presente permanece dominado por esa oposición entre intereses particulares que caracteriza la práctica de la democracia representativa".

Pizzorno distingue la actividad constitutiva de la actividad performante de los hombres políticos: la primera opera sobre las identidades sociales, la segunda concierne a las decisiones concretas que mejoran o preservan las posiciones de las colectividades que los políticos representan. Agreguemos que la combinación de ambas actividades confiere al discurso político el carácter de un verdadero fenómeno de comunicación.

3. Peirce: más allá del modelo de la acción social

Esta síntesis de la posición de Pizzorno bastará para comprender a la vez los problemas con los que se debate y la fragilidad de las respuestas que propone. En verdad, las "soluciones" de Pizzorno pertenecen al mismo "horizonte ideológico" del que forman parte las posiciones que él combate:

la teoría de la acción social orientada por objetivos. La estructura de todos los argumentos críticos de Pizzorno están fundados en el modelo de un actor individual movido por sus intereses. Naturalmente, se trata de un actor que ha comprendido que se encuentra en una situación complicada y que su interés debe llevarlo a aceptar el papel estabilizador que cumplen los cuadros identitarios colectivos y a concluir que, dada la complejidad de la sociedad en que vive, más vale dejar que representantes más expertos que él mismo hagan frente a la incertidumbre del largo plazo. Podríamos decir que el actor social implícito en la proposición de Pizzorno es un actor caracterizado por una racionalidad ampliada. Pero que no sale del marco, unidimensional y lineal, de una teoría sociológica de la acción orientada por objetivos. "Es difícil decir, observa Pizzorno, si este elector es racional o irracional. Lo que se puede decir es que no es necesariamente tonto". En todo caso, e independientemente de su grado de inteligencia, el actor individual sigue siendo la fuente última del sentido de los colectivos del campo político, puesto que éstos se definen por la función que cumplen en la gestión de la incertidumbre del actor.

Los que conocen la obra de Charles S. Peirce habrán ya adivinado el interés que una reflexión inspirada en su teoría semiótica puede tener para

aclarar la cuestión de los fundamentos de la democracia. En verdad, Pizzorno se enfrenta, en sus respuestas, a varios de los problemas centrales tratados en la semiótica de Peirce; sin embargo, no cita en ningún momento la obra de Peirce. Pienso que es una lástima, porque Peirce le hubiera permitido asentar sus proposiciones teóricas sobre un fundamento mucho más firme. Peirce nos proporciona instrumentos para conceptualizar mejor los problemas que, a partir de su excelente crítica del neo-utilitarismo, preocupan a Pizzorno.

Un primer elemento importante es el alcance de la semiótica de Peirce. Para limitarnos al campo de las ciencias sociales, evitando toda incursión en la filosofía, podemos decir que la semiótica de Peirce comporta una teoría antropológica general sobre la producción del sentido. Su aplicación a los problemas que plantea el sistema democrático es sólo un caso particular. Desde este punto de vista, podemos decir que la democracia es el sistema menos malo que conocemos para administrar la relación estructural entre el vínculo social y la identidad individual.

Para Peirce, toda semiosis es un proceso entre tres entidades: signo, objeto e interpretante. El actor-intérprete puede ser considerado un interpretante inmediato, pero la semiosis "mínima" no

es más que un "punto de partida" arbitrario de un observador en un momento dado: presupone otro interpretante al cual ella reenvía necesariamente. Y un interpretante es un signo que reenvía a su vez a otro signo. La semiosis es, pues, ese entrelazamiento infinito de terceridades. Este proceso no tiene ni principio ni fin. Las "colectividades de identificación" de Pizzorno son un caso particular de interpretante. Ellas no se explican en términos de las "funciones" que pueden cumplir respecto de los proyectos de acción de los individuos-electores. Ellas simplemente son, en el campo político, los interpretantes que hacen posible la semiosis política.

Es en este contexto donde hay que comprender la importancia fundamental a la vez de la temporalidad y de los colectivos en la definición misma del concepto peirciano de conocimiento. Una vez más, la pregunta relativa al rol del conocimiento en el campo político no es más que la aplicación de este principio a un caso particular.

No hay conocimiento fuera del signo, puesto que 'signo' es sinónimo de 'pensamiento'. La semiosis se confunde con el universo cognoscible del hombre. Y el hombre sólo existe en la semiosis. "Del mismo modo que decimos que un cuerpo está en movimiento, y no que el movimiento está en un cuerpo, deberíamos decir que nosotros

estamos en el pensamiento y no que hay pensamientos en nosotros" (5.289).

Se comprende entonces el poco interés de Peirce por la noción de 'conciencia', fuente del sentido en el modelo de la acción orientada por objetivos. "Conciencia es un término vago... conciencia es usado a veces para significar que yo pienso, para significar la unidad del pensamiento. Pero la unidad (del pensamiento) no es otra cosa que la consistencia, o el reconocimiento de la consistencia. La consistencia pertenece a todo signo, en la medida en que es un signo... la palabra o el signo que el hombre utiliza es el hombre mismo... La identidad de un hombre consiste en la consistencia de lo que hace o piensa" (5.313).

Esta equivalencia entre signo, pensamiento e identidad del interpretante-sujeto, se traduce en la concepción peirciana de lo real. Allí aparece la cuestión fundamental de la temporalidad: "Lo real... es aquéllo a lo que llegarán, tarde o temprano, la información y el razonamiento, y que por lo tanto es independiente de las fluctuaciones del mí y del tú. En consecuencia, el verdadero origen de la concepción de la realidad muestra que esta concepción implica esencialmente la noción de una comunidad, sin límites definidos, capaz de un progreso definido de conocimiento" (5.311).

Se notará el paralelo entre esta definición de la realidad y la hipótesis de Pizzorno según la cual el sistema democrático funciona sobre el postulado de armonización de los intereses particulares en el futuro. Para Peirce, el pensamiento mismo es inseparable del futuro: "La existencia del pensamiento ahora, depende de lo que será más tarde; tiene por lo tanto una existencia potencial, dependiente del pensamiento futuro de la comunidad" (5.313/316).

Así como la "comunidad científica" es el interpretante "especializado" de la producción de conocimientos científicos, la "comunidad sin límites definidos" asociada a la noción de realidad es el colectivo-interpretante del conocimiento social. En un caso como en el otro, la verdad sólo se realiza en un futuro indefinido y el conocimiento es provisorio, relativo y "falible", como lo ha subrayado Apel. Popper es, en este sentido, un excelente heredero de Peirce. Insisto en la diferencia entre ambas "comunidades de conocimiento" porque pienso que Apel (punto que no puedo desarrollar aquí), uno de los intérpretes más calificados de Peirce, tiende a producir una amalgama entre ambas comunidades². El cuerpo de normas

² "... la *ultimate opinión* de la *indefinite community of investigators* constituye el punto supremo de la transformación peirciana de la lógica trascendental kantiana. En él convergen el postulado semiótico de la unidad supraindividual de la interpretación y el postulado de la



de la comunidad científica administra la relación del conocimiento científico con el futuro, y los múltiples conflictos entre teorías, metodologías e hipótesis. El cuerpo de normas del sistema democrático administra la relación de la comunidad global con el futuro, los múltiples conflictos presentes y las diferentes identidades colectivas. En ambos casos, el respeto por las divergencias sólo se logra por referencia a un postulado que coloca la "reconciliación" en un futuro indefinido.

En el campo político, es esa referencia al futuro la que hace posible que, en el presente, la negociación remplace la violencia. La violencia política aparece así como la negación del futuro.

El paralelo entre comunidad científica y comunidad democrática (punto capital en el que no puedo detenerme) permite fundamentar teóricamente las innumerables observaciones sobre la relación íntima entre el desarrollo del conocimiento científico y tecnológico y la emergencia y evolución de la democracia industrial.

Para Peirce la noción de conocimiento incluye los tres órdenes de la producción de sentido: la

lógica de la investigación, que consiste en una confirmación experimental de la experiencia *in the long run*. El sujeto cuasi-trascendental de esta unidad postulada es la comunidad ilimitada de interpretación". Cf. Karl Otto Apel: *La transformación de la filosofía*; Madrid: Taurus, 1985, volumen II, págs. 164-165.

primeridad del orden icónico, la secundariedad del orden indicial y la terceridad del orden simbólico. El proceso de conocimiento comporta operaciones abductivas, inferenciales y deductivas. Es pues una noción amplia del conocimiento la que está en juego, concepción de lo cognitivo particularmente útil cuando se trata de reflexionar sobre los múltiples soportes tecnológicos del conocimiento y de la comunicación.

En suma, para Peirce el sujeto sólo existe inmerso en el tejido infinito de la semiosis social. El conocimiento (en el sentido amplio que acabo de recordar), dimensión esencial de la construcción de la identidad individual, se efectúa, de manera indefinida, dentro de la semiosis infinita. Los interpretantes que definen los cuadros colectivos y la singularidad del actor social son las dos caras de la misma moneda (en este sentido, recordémoslo, Herbert Mead fue uno de los grandes herederos de Peirce).

Estas hipótesis antropológicas de Peirce no son, por supuesto, específicas de la socialidad democrática; son válidas independientemente del tipo de organización social. Pero la centralidad que fue adquiriendo, a lo largo de la historia de las sociedades industriales, la producción de conocimientos científicos como factor decisivo de la administración de la cosa pública, ha marcado la

teoría política de la modernidad industrial, sacando a luz la dimensión de la temporalidad, aspecto esencial de la definición de los interpretantes del campo político democrático.

4. Los interpretantes en una democracia mediatizada

Que la gestión de la incertidumbre del futuro sea una de las dimensiones centrales del sistema democrático subraya la importancia de la reflexión sobre la evolución sociocultural de las sociedades industriales. Abordaré rápidamente dos aspectos de esta evolución: la cuestión de los medios y la cuestión del individualismo.

Las sociedades industriales liberales aparecen hoy fuertemente marcadas por un fenómeno del que Peirce conoció apenas la primera fase: el fenómeno de la mediatización. El medio masivo que dominó el siglo XIX fue la prensa escrita, (mediatización del orden simbólico en la terminología de Peirce) secundariamente la fotografía (mediatización del orden icónico), nacida en los años cincuenta. En trabajos anteriores, propuse considerar que la televisión consagra, en nuestro siglo, la mediatización del orden indicial³.

³Cf. mis artículos: "Il est là, je le vois, il me parle"; *Communications* n° 38, págs. 98 - 120, París, 1993; "Interfaces. Notes sur la démocratie audiovisuelle avancée"; *Hermès*, n° 4, París 1989; "Télévision et démocratie: à propos du statut de la mise en scène"; *Mots*, n°

Esta diversidad de registros de la producción del sentido en las sociedades industriales corresponde bien a la noción amplia de conocimiento característica del pensamiento de Peirce: la dimensión de conocimiento que está en juego en el funcionamiento de la democracia no es solamente la argumentación racional propia de la terceridad, no es tampoco solamente la información factual correspondiente a la secundariedad; es también el orden icónico de las cualidades y las impresiones, correspondiente a la primeridad del signo. En consecuencia, la comunicación por imágenes forma también parte "natural", podríamos decir, del conocimiento implícito en el funcionamiento del sistema político democrático. Si lo real para Peirce es aquéllo a lo cual llegará, tarde o temprano, "la información y el razonamiento", proceso que implica la noción de una comunidad, la "información y el razonamiento" no son aquí separables del conjunto de facultades cognitivas del hombre, que comprende los tres registros de la semiosis. La interpenetración permanente de los tres órdenes (recuérdense las observaciones de Peirce sobre la importancia de lo icónico en el álgebra, y el rol central de la abducción en el descubrimiento) permite caracterizar un concepto de racionalidad radicalmente diferente del concepto de racionalidad instrumental.

Denunciar la "puesta en escena" (es decir, la puesta en imágenes) de la política, es tener una concepción puramente verbalista y escritural de la democracia, y una concepción estrecha a la vez del conocimiento, de la racionalidad, y de la comunicación que está en la base de la semiosis. En términos de la evolución de las sociedades industriales, no se trata hoy de oponer un modelo tradicional y supuestamente "noble" de la arenga verbal a la política "espectacular" de la imagen televisiva, sino de interrogarse sobre la posición de los medios en el conjunto de la sociedad.

El lugar central que los grandes medios (mal llamados "masivos") están ocupando en las democracias industriales, adquiere gravedad en relación directa con la pérdida de legitimidad de los interpretantes del sistema político (el gobierno, el parlamento, el poder judicial, los partidos políticos, las organizaciones sindicales, etc...). La diferencia es grande con respecto a la época en que se hablaba, a propósito de la prensa, de "cuarto poder": este "cuarto poder" se definía, precisamente, en relación con otros tres poderes. En la medida en que estos últimos aparecen en crisis, no es absurdo pensar que los medios se están transformando en el único lugar en que opera la construcción-reconstrucción de los colectivos, ni tampoco es absurdo inquietarse por ello.

La inquietud se justifica en la medida en que el sistema de los medios responde, de manera cada vez más completa y exclusiva (aún en los países europeos que tuvieron una historia larga de televisión "pública"), a la lógica económica del mercado. Estrechamente articulados, a través de los productos discursivos como soporte publicitario, al mercado general del consumo, los medios absorben los diferentes sectores de la producción de discursos sociales (informativos, estéticos, políticos, religiosos, lúdicos, literarios, de vulgarización científica, etc...) y los incorporan al conjunto de una oferta discursiva puramente determinada por el cálculo costo/beneficio. Este diagnóstico puede conducir a una profecía tan inquietante como paradójica: el racionalismo instrumental tendería a instalarse en el lugar de la producción de los interpretantes socialmente pertinentes, mientras que el colectivo de los ciudadanos se reduce a un colectivo de receptores-consumidores "trabajado", entre otros, por el *márketing* político.

Se trata, probablemente, de una profecía excesiva. Para ponderarla, debemos introducir la problemática del individualismo. Porque si el individualismo es un "producto" de la modernidad, la mediatización de las sociedades modernas no ha hecho más que acelerar su evolución. Y esta evo-

lución vuelve cada vez más complejo el colectivo de los "ciudadanos-consumidores".

Históricamente, el individualismo ha atravesado tres etapas, que podemos representar con la ayuda del modelo de Peirce utilizado bajo la forma de una "tópica" que representa los tres polos de la primeridad, la secundaridad y la terceridad de la producción de sentido en relación con el individuo (véase la figura 1). La primera fase se sitúa en el polo III de esta tópica, que es el polo de la relación de los individuos con las normas sociales (con la ley). Por eso lo llamo individualismo-3 (véase la figura 2). Es el individualismo de ruptura con la sociedad. Para construir su "self", el individuo se excluye de la socialidad. La sociedad representa el conjunto de reglas contra las cuales la subjetividad se define. La figura clásica del individualismo-3 es anterior a la modernidad: el eremita que abandona la comunidad y cultiva su identidad protegido por su soledad. Una figura literaria contemporánea fue trabajada por Kerouac, en los años cincuenta, alrededor del célebre tema *on the road again..*

La segunda fase se sitúa en el polo II (relación entre los individuos, secundaridad). Bajo esta forma, el individuo no se excluye de la sociedad, sino que se retrae sin salir de ella. Podemos decir que el individualismo-3 es un individualismo ex-

plosivo, y el 2 un individualismo in-plosivo. Se trata típicamente del individualismo corporativo, que corresponde, en las sociedades occidentales avanzadas, a los años setenta y ochenta. El mercado de consumo está habitado por "clanes" y "tribus": los lindos y los feos, los gordos y los flacos, los "in" y los "out".

El polo I es el de la primeridad, de la relación del individuo consigo mismo. Aquí culmina, ciertamente, una primera "era" del individualismo moderno. El actor social de lo que algunos insisten en llamar la "post-modernidad" descubre que su identidad no reenvía a otra cosa que a sí mismo, y que su singularidad es irreductible. Algunos primeros temas de este individualismo-1 fueron trabajados en los filmes de Wim Wenders. Interpretando este momento extremo de nuestra modernidad en los términos de Peirce, podríamos decir que el individualismo-1 expresa, en el contexto de la democracia, el principio según el cual el único soporte de la semiosis identitaria de la primeridad es el individuo.

Situar la semiosis de la primeridad en el polo III no es otra cosa que la definición (peirciana) del totalitarismo: es a la vez el mito del uno y la experiencia emocional de la propia identidad, inscritos en el corazón del aparato del Estado. Gracias a los medios, se han preservado las imágenes

FIGURA 1

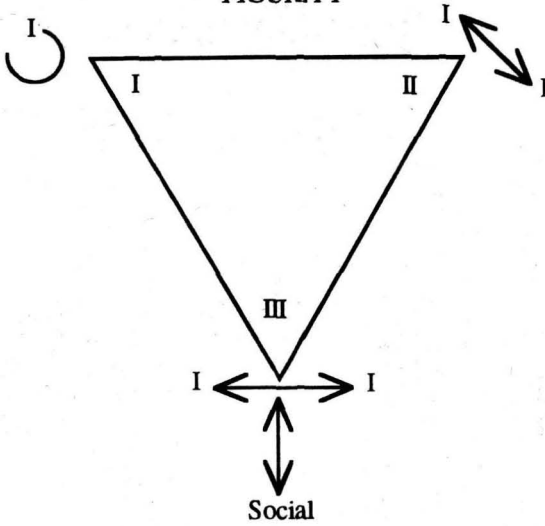
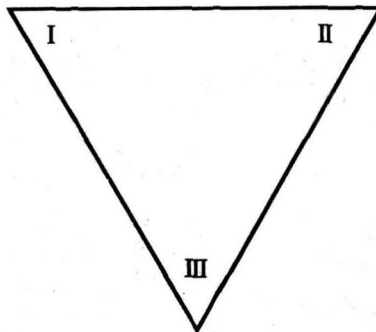


FIGURA 2

Individualismo-1
("yo soy único")

Individualismo-2
("algunos nos parecemos")



Individualismo-3
("yo soy diferente de ellos")

de una figura aterradora de esta inscripción de la primeridad identitaria en el polo III: las inmensas concentraciones populares presididas por Hitler en Nüremberg, entre 1933 y 1936.

La misma tónica puede representar las etapas de la evolución reciente de las democracias industriales. La crisis de los interpretantes tradicionales del sistema político, es la crisis del polo III. La crisis de los agrupamientos corporatistas de los años ochenta es el polo II. En el polo I, reencontramos al actor social, transformado en individualista-1, con el cual el sistema político ha perdido el contacto, y que plantea cada vez más problemas a la lógica del *márketing*, que domina el mercado de consumo y el mercado de discursos de los medios.

El individualismo-1 expresa la diversidad y la fragmentación crecientes de la sociocultura de los países industriales. La cuestión crucial es hoy la siguiente: llegados a este momento extremo del individualismo, que traduce la crisis de los interpretantes políticos tradicionales pero que a la vez perturba cada vez más la lógica del *márketing* ¿podemos imaginar un recorrido inverso, una reconstrucción de la socialidad hasta llegar a un polo III con nuevos contenidos? Este recorrido inverso es conceptualmente claro pero difícil de imaginar concretamente (es decir, políticamente):

se trata de lograr que la complejidad creciente a nivel individual, alimente la sociedad civil. La teoría de Peirce es, típicamente, una teoría destinada a pensar la complejidad de la sociedad humana, es decir, la complejidad de la producción de sentido (no es un azar si se trata de la única teoría fractal que haya sido elaborada en las "ciencias humanas y sociales"). Por esta razón, es hoy más actual que nunca.

El individualismo, generado por la propia sociedad industrial ha sido hasta ahora la principal fuente endógena de complejidad del tejido social. En el momento en que la lógica instrumental de los medios amenaza con ocupar el lugar que los interpretantes políticos están dejando vacíos, los avatares de la historia nos ofrecen una segunda fuente, exógena, de complejidad: la inmigración, que entra en la Europa "moderna" tanto desde el Sud como desde el Este.

Como en otras épocas y en el contexto de otros sistemas políticos y culturales, tal vez hoy se repita una vieja figura de la historia. Tal vez hoy la supervivencia de la democracia en las sociedades que calificamos complacientemente a la vez de "occidentales" y "centrales" dependa, simplemente, de esa figura extrema de la terceridad: el extranjero.

Universidad de París VIII